



ROMANCE NUEVO

DEL ROBO

DE LA VIRTUOSA DOROTEA,

Y LO OCURRIDO

POR UNA TEMPESTAD EN EL BOSQUE.

Atencion pido, señores,
 no me lo niegue el discreto,
 que para estas ocasiones
 es de importancia el silencio.
 No ha de gastar mi discurso
 retóricos argumentos,
 ni discretos episodios,
 porque no son del intento.
 Una historia de afliccion
 solo referir pretendo,

patentizando los daños
 que causan los vandoleros.
 Sin dorarla con enigmas
 poéticas de mi ingenio,
 porque la verdad parece
 mas bien desnuda, esto es cierto.
 Haré ver á todo hombre
 que el alto Rey sempiterno,
 si consiente, no por siempre,
 insultos ni atrevimientos.

En la mas noble ciudad
 de cuantas tiene en su reino
 España, blason del orbe,
 en su dilatado imperio.
 A las orillas del Tajo
 está la insigne Toledo,
 ciudad siempre muy famosa
 en ilustres caballeros.
 Y entre todos los varones
 que fama mayor le dieron,
 el que mas brilló tal vez
 fue Don Diego de Acebedo.
 Este tenia una hermana
 de primores tan completos,
 que el mismo sol á su lado
 tal vez pareciera feo.
 Siendo hermosisimo el rostro,
 su talle era el mas perfecto,
 blanco y delicado el cutis,
 sus ojos vivos y negros.
 Era tanta su hermosura,
 tanto su garvo y aseo,
 que competia á la Venus,
 resplandeciente lucero.
 En una palabra, tal,
 que pudiera ser modelo
 de una hermosura brillante
 que jamas los hombres vieron.
 Era arrogante y soberbia;
 mas que lo sea no es nuevo,
 porque siempre la hermosura
 es altiva con desprecio.
 No asi como otras damas,
 que en amorosos recuerdos,
 sin blanca tras de su amante
 recorren el mundo entero.
 Era pasmo de la corte,
 matando á diestro y siniestro,
 porque en sus ojos traía
 la vida, muerte y veneno.
 Por esposa la pedian
 muchos nobles caballeros,

y á todos los desechara
 con gran denuedo y despejo.
 Respondiendo astutamente
 que se hacia este concepto,
 que el sujetarse á varon
 es gran pena si hay despego.
 Vivian los dos hermanos
 á sus padres muy sujetos,
 y la paz y la ventura
 moraban en aquel techo.
 Sepan que los dos se amaban
 con grande encarecimiento,
 y no podian vivir
 el uno del otro lejos.
 Ambos se depositaban
 en sus inocentes pechos,
 con el fraternal cariño,
 los mas sublimes secretos.
 Don Diego era valiente,
 pero nunca aventurero,
 que jamás en pechos nobles
 caben agüeros ni miedo,
 Lo bizarro de su talle,
 con lo perfecto del cuerpo,
 competia airosamente
 con gracia, garbo y aseo.
 Jóven, galan y cortés,
 discreto y de gran talento,
 despreocupado en un todo,
 con las damas siempre atento.
 Aficionado á la caza,
 era en la escopeta diestro,
 y para jugar el florete
 mas ligero que el maestro.
 Mas los bienes de este mundo
 son muy poco duraderos,
 pues á la dicha mas grande
 le sucede un contratiempo.
 Por eso decia un sabio
 aquel refran verdadero,
*que á la mayor alegría
 sigue el pesar mas severo.*

Cierta dia del Otoño
 al campo juntos salieron
 Dorotea con su hermano,
 su padre, madre y abuelo.
 Fuéronse á una hermosa quinta,
 unas cuatro leguas lejos,
 que era herencia de la casa
 desde larguísimo tiempo.
 Allí pasaron dos dias,
 cuando llegando al tercero,
 ladrones la quinta asaltan
 llevados del oro al cebo.
 Apenas oscurecia,
 cuando unos doce encubiertos
 armados de todas armas
 se presentan allá dentro.
 Don Diego no estaba en casa,
 ni su padre ni su abuelo,
 que á las orillas del rio
 fueron á dar un paseo.
 Sino Dorotea, sola
 con dos labradores viejos,
 y su madre, que eran todos
 gente de muy poco esfuerzo.
 Fuera en vano el resistir
 contra tantos vandoleros,
 y así dejaron robar
 todo aquello que quisieron.
 Por la vida les rogaron
 con muy eficaz esfuerzo,
 diciéndoles que llevasen
 cuanto les diese contento.
 Ellos viendo aquella jóven,
 que era de gracias portentoso,
 á la cueva de su abrigo
 llevársela resolvieron.
 Ella que tal nueva escucha,
 morir prefiere primero
 que ser presa de unos monstruos
 tan viles y tan perversos.
 Pero ellos incesorables,
 y sordos á sus lamentos,

quieren de ella apoderarse
 como lobos carniceros.
 Aquí era de ver el llanto
 y el general desconsuelo
 de la madre y de la hija,
 y de aquellos pobres viejos.
 Matadnos antes, decian
 á una voz todos de acuerdo,
 y llenando el aire de ayes
 que á un risco pusieran tierno.
 Entonces el Capitan
 impone á todos silencio,
 y del brazo á Dorotea
 coge atrevido y resuelto.
 La madre y los dos ancianos
 quitársela pretendieron,
 y á los tres en un porrazo
 los derribaron al suelo.
 Los ponen cabeza abajo
 y los atan bien sujetos,
 que menearse no puedan
 para ellos lograr su intento.
 La muchacha decidida
 se suelta con noble esfuerzo,
 é iba á echarse de un balcon
 á no impedírselo ellos.
 Pero viendo el Capitan
 que los gritos y lamentos
 podian ser escuchados,
 y ellos quedar descubiertos;
 llama con ferocidad
 á sus demas compañeros,
 que robando y registrando
 se entretenian por dentro.
 Salen aquellos caribes
 cargados ya del dinero,
 de prendas y diamantes,
 de sangre humana sedientos.
 El Capatás los invita
 á que saquen sus aceros,
 y al punto sus diestras manos
 armadas se ven con ellos.

Doce puñales enseñan
 aquellos monstruos perversos,
 diciendo á los infelices
 que van á morir con ellos.
 Del Capitan solo aguardan
 el aviso placenteros,
 para al momento arrojarse
 contra los mansos corderos.
 Mas ¡ó furor inhumano
 de cruelísimos pechos!
 tiempo vendrá que pagueis
 vuestros iniquos proyectos.
 Hace una seña al instante
 á todos sus vandoleros,
 y estos cual lobos feroces
 dan á todos muerte luego.
 Solo á Dorotea viva
 dejan, quien viendo el suceso,
 perdida y desconsolada
 se arrancaba los cabellos.
 Ve al infame Capatás
 como levanta sangriento
 el puñal, que por tres veces
 clava á su madre en el pecho.
 Dorotea desfallece
 y luego que cobra aliento
 abrasada con su madre
 quiere darle vida á besos.
 ¡O exceso del infortunio!
 ¡ó qué dolor tan acerbo!
 pues no puede dar la vida
 á un cadáver que está yerto.
 Un frenesí se apodera
 de aquel corazon tan tierno;
 y viendo su madre muerta
 prorumpe en gritos tremendos.
 Doce puñales levantan
 para imponerle silencio;
 mas ya la muerte no asusta
 su determinado pecho.
 Antes viendo que arrojados
 cargar con ella han resuelto,

y de su vil apetito
 hacerla fatal objeto.
 Del corazon de su madre
 arranca el puñal sangriento,
 y con heroica osadía
 resuelve pasarse el pecho.
 «Antes que ser de vosotros,
 y daros tan vil consuelo,
 matarme quiero, les dice,
 y caer á los pies vuestros,
 que mas quiero que mi padre
 sepa que con honra he muerto,
 que no que vivo sin honra
 teniendo un ladron por dueño.»
 Iba á herirse, pero el alma
 rindiendo entonces su esfuerzo,
 á un desmayo la abandona,
 y cae tendida al suelo.
 Al ver esto los malvados
 resuelven no perder tiempo,
 y entre todos la arrebatan
 levantándola del suelo.
 Caminan precipitados
 aquellos hombres protervos,
 unos con la desmayada,
 alegres y placenteros;
 otros llevan las alhajas
 y juntamente el dinero,
 con todo lo que han robado
 con vil apetito ciego.
 Apartados del camino,
 ocultas sendas siguiendo,
 se dirigen á unos montes,
 guarida de sus excesos.
 No tardó la desmayada
 á volver mucho en su acuerdo,
 que la prisa que llevaban
 dió á su sangre movimiento.
 ¡Quién podrá ahora figurarse
 cuál sería el desconsuelo
 de aquella infeliz señora
 mirándose en aquel puesto?

Una oveja que del lobo
 se ve en los dientes sangrientos,
 no bala con mas temblor
 que Dorotea está haciendo.
 Los cuatro que la acompañan,
 de su congoja riendo,
 contándola ya por suya,
 le dan burlas por consuelo.
 Dícenle que no esté triste,
 pues va á ser en breve tiempo
 de muchos hombres querida,
 y del Gefe lo primero.
 Hácenle una atroz pintura
 de sus placeres horrendos,
 con cosas que no permite
 la decencia que contemos.
 Ella á todo esto responde
 con mil ayes lastimeros,
 pidiendo socorro á Dios
 en conflicto tan tremendo.
 Levanta triste sus ojos,
 exclamando: Dios eterno
 socorre á esta infeliz,
 y dá á mis penas remedio.
 Tú que desde el alto solio
 ves los corazones nuestros,
 y con tu inmensa bondad
 favoreces á tus siervos:
 ved mi triste situacion,
 ved el llanto en que me anego;
 y á una criatura vuestra
 que la confortéis os ruego.
 Ya veis el corazon mio
 que jamás cometió esceso;
 salvadme, Señor, ahora
 de estos asesinos fieros.
 Sagrada Virgen María,
 Reina escelsa de los cielos,
 claro espejo de justicia,
 libradme de estos perversos.
 En esto empieza á soplar
 tan embravecido viento,

que los árboles frondosos
 arranca y derriba al suelo.
 Rayos las nubes disparan
 tan horrizonos y espesos,
 que parece el aire todo
 como una region de fuego.
 Da uno de ellos en un árbol,
 que encendiéndose al momento
 llena de llamas el aire,
 y comunica el incendio.
 Aturdidos los ladrones
 lo atribuyen á portento,
 y á la fuga se abandonan
 llenos de asombro y de miedo.
 No se acuerdan del botin,
 y de Dorotea menos,
 que los que atrás se quedaron
 son en huir los primeros.
 Dorotea abandonada
 la vista fija en el cielo,
 y á la Virgen Soberana
 acude en tan grande aprieto.
 «Madre del Verbo divino,
 si á mis preces accediendo,
 de esos monstruos me librasteis,
 salvadme de aqueste incendio,
 sacadme de aqueste bosque,
 y guiad mis pies inciertos
 á parage donde pueda
 volver al hogar paterno.»
 Apenas esto decia,
 cuando con ruido horrendo,
 no lejos de donde estaba
 cayó un edificio al suelo.
 A aquel imprevisto golpe
 tan extraño como nuevo,
 segunda vez Dorotea
 cede á un desmayo violento.
 El edificio caido
 con tan asombroso estruendo,
 era una Ermita que habia
 en medio de aquel desierto.

Un anciano la habitaba,
 el cual estaba durmiendo,
 y despertó al gran ruido,
 de pavor y susto lleno.
 No recibió daño alguno,
 porque así lo quiso el cielo;
 pero el terror y el asombro
 su pecho todo cubrieron.
 Quiere del bosque escaparse
 viendo horrible aquel incendio,
 y al huir desconcertado
 halla un bulto, y dá en el suelo.
 Lo que le hace tropezar
 es de Dorotea el cuerpo,
 quien al sentir aquel golpe
 vuelve al instante en su acuerdo.
 Asustado se levanta,
 y ella con aquel encuentro
 queda también asustada,
 y ambos se miran atentos.
 El asombro de los dos
 estremado fue en efecto,
 pues solo muy raros lances
 juntarles allí pudieron.
 «¿Quién eres, muger, le dice
 el ermitaño suspenso,
 que á este sitio y á estas horas
 tan sin pensarlo te encuentro?»
 Yo soy una desgraciada
 que unos ladrones trajeron
 desde su casa á este bosque
 con los mas viles intentos.
 Pero vos también decidme,
 cómo os hallo en este puesto,
 y quién sois, porque me miro
 sobrecogida del miedo.
 Entonces el ermitaño
 quién era le fue diciendo,
 y como allí retirado
 de todo mundano encuentro,
 hace años que vivia,
 hierbas tan solo comiendo,

con algunas limosnitas
 que recogia en los pueblos.
 Del buen anciano guiada
 salieron del bosque presto,
 por parte donde las llamas
 dejaban el paso abierto.
 A una llanura llegaron,
 donde un camino cogiendo
 de una Iglesia muy antigua,
 á las ruinas se acogieron.
 Allí se sentaron ambos,
 y Dorotea, cediendo
 del anciano á las instancias,
 le contó todo el suceso.
 Oida la relacion,
 aquel virtuoso viejo
 con palabras celestiales
 dió á Dorotea consuelo;
 haciéndole ver que Dios
 por sus ocultos misterios
 muchas desgracias permite,
 pero al fin nos dá el remedio.
 Por la asesinada madre
 rezan muchos Padre nuestros,
 y por los dos labradores
 que con ella fueron muertos.
 Así la noche pasaron
 en mil tristes pensamientos,
 siguiendo á la tempestad
 el cielo claro y sereno.
 El anciano que sabia
 de aquel país los senderos,
 le prometió á Dorotea
 guiarla al lugar paterno.
 Ya la aurora amanecía
 con sus hermosos reflejos,
 fertilizando los campos
 con los ardores de Febo.
 Rasgando su negra capa
 aquel nocturno Morfeo,
 salian los pajaritos
 á repetir sus gorgeos:

Saltando de rama en rama
 trinaban tan placenteros,
 que á la infeliz Dorotea
 aliviaban sus tormentos.
 De esta suerte distraída
 pasaba algunos momentos
 contemplando entre uno y otro
 lo funesto de sus riesgos.
 En estas reflexiones,
 de llanto sus ojos llenos,
 mitigábanse algun tanto
 los pesares mas acervos.
 Cuando ya determinados
 á salir de aquel encierro,
 ven en la cima de un monte
 relucir muchos aceros.
 Tropa era veterana
 que acompañaba á Don Diego,
 en busca de los malvados
 que tales males hicieron.
 Dió un latido el corazon
 de Dorotea al momento,
 y la causa sospechando
 señas hizo desde lejos.
 Los criados alentados
 bajan al llano corriendo,
 unidos con los soldados
 compañeros de Don Diego.
 Este al punto se adelanta
 con la escopeta ligero,
 y al distinguir á su hermana
 corre aun con mas empeño.
 Llega por fin mas cercano,
 rompiendo en un llanto tierno;
 y el anciano le saluda
 con el mayor rendimiento.
 En lágrimas anegados
 se dan abrazos estrechos,
 desahogando el corazon
 fraternales sentimientos.
 Cuéntanse los pormenores
 de tan trágico suceso,

el incendio de aquel bosque,
 y del anciano el encuentro.
 La pureza de su honor
 atribúyese á portento
 que obró la Virgen María,
 de Dorotea á los ruegos.
 Don Diego cuenta tambien
 como á la quinta volviendo,
 aquel estrago encontraron,
 hallándolo todo abierto:
 que viendo que ella faltaba,
 sospecharon al momento
 que se la habian llevado
 aquellos monstruos perversos.
 Que ayudado de una tropa
 que venia de Toledo,
 él y todos los criados
 determinan salir luego.
 Que todos aquellos montes
 por la noche recorrieron,
 sin encontrar el alvergue
 de aquellos tigres ambrientos.
 Escuchaba el ermitaño
 todo aquel razonamiento
 con atencion increíble,
 mirando siempre á Don Diego.
 Este que lo reparaba,
 la causa le pide de ello,
 y el anciano proseguia
 mirándole mas atento.
 Si el corazon no me engaña,
 Don Diego eres de Acebedo,
 y tu asesinada madre
 Doña Ines de Parayuelos.
 El mismo soy, le responde,
 y entonces llorando el viejo,
 dijo: triste hermana mia,
 téngate Dios en el cielo!
 Qué es lo que decís buen hombre
 esclaman ambos suspensos:
 ¿Vuestra hermana, nuestra madre
 ¿Pues cómo puede ser esto?

Sobrinos del alma mia
 no dudeis lo que os refiero;
 y tu, Dorotea, abraza
 á tu padrino Don Pedro.
 Yo soy aquel infeliz,
 que en mi juventud siguiendo
 el camino de los vicios,
 estuve en Segovia preso.
 Soy el que pasó despues
 á la América resuelto,
 donde casé y enviudé,
 y volví al pais paterno.
 En las aguas de Almería,
 y no muy lejos del puerto,
 se levantó una borrasca
 y el barco fue á pique luego.
 Viéndome yo alli perdido,
 y nadar aun no sabiendo,
 ofrecí hacerme ermitaño
 si llegaba á salvamento.
 Agarrado de una tabla
 anduve á merced del viento,
 y las olas impetuosas
 á la orilla me trajeron.
 Desde aquel instante mismo
 resolví dar cumplimiento,
 sin dar aviso á ninguno
 al voto que habia hecho.
 Interneme hácia Castilla,
 y en aqueste bosque viendo
 una ermita inhabitada,
 la escogí para mí luego.
 Aqui he vivido hasta ahora,
 pero ya que el Ser supremo
 á vuestros brazos me trae
 porque os sirva de consuelo,

quiero á casa acompañaros:
 y así abrazadme de nuevo,
 y sin tardar un instante
 á vuestra casa marchemos.
 Los criados y la tropa
 todo el bosque recorrieron
 en busca de los malvados,
 y su cueva descubrieron.
 Al instante les tomaron
 todos los derrumbaderos,
 y viéndose ya perdidos
 á rendirse sucumbieron.
 Los atan de dos en dos,
 llevándolos á Toledo,
 dejándolos en la cárcel
 cargados muy bien de hierro.
 Todos en breve pagaron,
 sirviendo para escarmiento
 el castigo en un cadalso
 por sus delitos horrendos.
 Dorotea con su hermano,
 y su buen tio, siguieron
 hasta llegar á la quinta,
 donde todos se reunieron.
 Al desconsolado viudo
 este caso dió consuelo,
 y despues de mil abrazos
 y contarse sus sucesos,
 dieron á los tres difuntos
 sepultura alli en Toledo,
 con un inmenso concurso,
 pues acudió todo el pueblo.
 Aqui se acaba la historia
 de Dorotea Acebedo:
 y el autor pide que á todos
 nos dé Dios despues el cielo.

F I N.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18, donde
 se hallarán otros diferentes.*